

Impresiones de Menorca

Conferencias leídas en el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón las noches del 24 de noviembre y 15 de diciembre de 1915 por el Capitán de Artillería don JOSÉ COTRINA FERRER.

(Continuación)

VII

Nomenclátor local

Es curioso, interesante e instructivo hacer examen de una guía local. La lista de las calles y plazas ofrece ocasión de formular deducciones que se traducen en juicios donde el carácter y la historia de las poblaciones quedan sintetizados.

Nosotros hemos querido realizar ese examen a vista de la soberbia «Guía de Menorca» editada por el Ateneo, y nos hemos circunscrito a la capital, a Mahón.

Al primer golpe de vista hemos deducido que se trata de una población eminentemente religiosa. De ciento dos entre calles y plazas, treinta y cuatro ostentan nombres de santos; hay otra del Santo Cristo, y existen, además, la del Ángel, la plaza y calle del Carmen, las del Claustro, Concepción, Gracia y su cos, y la del Rosario, debiéndose añadir, por su significación eclesiástica, la del Rector, la de los Frailes y la de la Iglesia. Todas ellas suman cuarenta y seis, que con el total de las vías urbanas guardan una pro-

porción de casi la mitad. Y sin que ello nos parezca atentatorio a los sentimientos de los habitantes de Mahón, creemos que es un tributo tal vez muy grande a ese espíritu de religiosidad de que pretende hacerse ostentación. Si nosotros hubiéramos de influir alguna vez en una revisión del nomenclátor urbano, haríamos algunas modificaciones. En primer lugar, para evitar duplicidades, pensaríamos si era la calle o la plaza del Carmen la que había de variar de denominación. Y, sin duda, nos decidiríamos por la calle, pues la plaza, por ser la de la iglesia del propio nombre queda bautizada de un modo natural en la forma actual. Y a la calle del Carmen la llamaría del Obispo Severo. Porque es de notar que siendo veintiséis los santos que dan nombre a varias calles, ninguno de ellos es menorquín, ni la historia de Menorca les debe acto alguno personal con que exornarla, a no ser aquellos que tienen imperio o merecen veneración y son admirados de toda la cristiandad. A Severo, en cambio, se le atribuye la célebre carta; conoció esta isla y fué un verdadero apóstol que contribuyó a evangelizarla. Cuando él vino a Menorca, en *Magona* vivían los judíos, pero la luz de la religión que Severo aportó a la isla es la que se difundió hasta esta ciudad y la misma que hoy alumbra a los católicos mahoneses. Justo es que éstos reparen ese olvido. Olvido que se extiende a San Esteban, cuyo cuerpo, según la historia local, fué aportado a las playas menorquinas, ignorándose las vicisitudes porque pasó posteriormente.

Resuelto aquel punto, cabría estudiar la conveniencia de cambiar el nombre a la calle o la plaza de San Roque. Optaría, seguramente, por la segunda, en atención a que la calle es más antigua y su denominación está más afirmada, y el nuevo nombre sería el de San Esteban. Del mismo modo retiraría el nombre actual de la calle del Cos de Gracia. Y por su significación anodina haría lo mismo con la plaza del Claustro y las calles del Rector y de los Frailes. Con todo ello quedarían subsistentes cuarenta vías con su denominación actual, y una dedicada a Severo y otra a San Esteban. Podríamos disponer de cuatro que hoy se dedican a la Religión y que nada sufre la Religión con que la privemos de ellas.

Con lo dicho no damos por terminado el estudio de ese núcleo de la guía mahonesa que es absolutamente religioso. Su examen nos ha descubierto dos omisiones importantes, y fijándonos más en él nos descubre otra que debe repararse por razones de verdadera equidad. En la lista de santos que aparece en el nomenclátor, figura San Fernando. ¿Por qué figura San Fernando? Hemos de suponer que por su santidad. Pero es el caso que su nombre va tan íntimamente enlazado a glorias de la historia ibérica de la Edad Media y a triunfos de su ciencia militar y de su pujante espada, que no es posible creer que cuando a ese santo se le tributa homenaje en tierra española se hayan antepuesto los motivos de su canonización a todos aquellos con los que su vida llena más páginas en el libro de la Historia que en el Año Cristiano. Y claro está que al ver a San Fernando, rey de Castilla, dando su nombre a una calle de Mahón, es irremediable preguntar cómo ha podido rendirse este homenaje de admiración a ese paladín de la Reconquista, sin antes pagar una deuda de gratitud a aquellos a quienes Menorca está más obligada por su historia local. Fué San Fernando coetáneo de don Jaime el Conquistador, simultáneamente fueron ambos monarcas arrinconando a los árabes españoles hasta dejarles en reducidísimo espacio de la tierra ibérica y aun en él rindiendo feudo a los reyes de Castilla y Aragón. San Fernando, rey castellano, hizo sus incursiones al sur de la Península, puso en su corona piedras tan preciosas como las de Córdoba y Sevilla, y a tal punto avasalló a la hispana morisma, que los granadinos quedáronle tributarios y aun le ayudaron en la conquista de la risueña ciudad que es hoy cabeza de Andalucía. Su acción se dirigió al sur. Es posible que el esplendor de sus hazañas no se conociese en Menorca en muchísimos años. Don Jaime el Conquistador irrumpió en el Levante, cruzó el Mediterráneo y puso la bandera cristiana en las islas Baleares. Fué el primer monarca aragonés, en un sentido amplio, de la isla de Menorca, pues se impuso a los moros de ella por el eco de sus resonantes victorias, y consiguió que quedara siendo feudo suyo. La dominación musulmana en Menorca quedó desde entonces sometida al arbitrio de don Jaime y sus sucesores, hasta que

don Alfonso III consolidó el dominio material para vengar una traición del monarca musulmigo a su padre el rey don Pedro III el Grande. En gloria militar, en ciencia de gobierno, fué la de don Jaime el Conquistador una gran figura, tal vez la más gloriosa de la Corona de Aragón. Y sin embargo, de estos dos grandes reyes contemporáneos, en Menorca se tributa homenaje a aquel a quien sólo en un orden general y remoto puede debérsele algún beneficio y se olvida el de la propia casa, el que hace de su país la gloria personal, el que directamente ejerció sobre esta tierra su influjo favorable. Hay calle de San Fernando y no hay calle de don Jaime el Conquistador. ¿Se reparará alguna vez esta omisión, que hace imperdonable la inevitable fuerza de las comparaciones?

Séame permitido aquí hacer alusión a una calle de Fernando, que es, hoy por hoy, el colmo de la indeterminación; lo mismo podría haber una calle de José, de Manuel o de Enrique. ¿No sería acertado concretar más el nombre de tal vía o cambiarlo por el de un hijo ilustre de la ciudad?

No he de extenderme mucho más; saliendo de la zona religiosa y pasando a la profana, vemos que hay nombres *astronómicos*, *atmosféricos* y *de física celeste*: Levante, Poniente, Alba, Buenaire, Estrella, Luna, Norte y Sol, todos o casi todos ellos merecedores de cambiarse por otros más expresivos; de *pueblos de la isla*, siendo de notar la falta de una calle dedicada a Villa-Carlos, otra a Ferrerías y otra al pueblo de San Luis, sin saber, de momento, si esta falta se deberá a razones de reciprocidad negativa; de *homenaje* a esclarecidos varones por su saber, por ser hijos del país o por los beneficios que a éste produjeron: Alonso III, Andreu, Anuncivay, Pi y Margall, Cardona y Orfila, Cifuentes (mejor debiera decirse Conde de Cifuentes para evitar confusiones), Doctor Orfila, Isabel II, Prieto y Caules, Ramis, Roig, etc., observándose la falta de muchísimos hombres ilustres merecedores, como los apuntados, de tal tributo, como Kane, Calbo, Pedro III el Grande, Sitges, Hédiger, etc. Existen vías que denotan de un modo relativo su tiempo de existencia: calle *Nueva* y plaza *Vieja*. Pase lo de plaza *Vieja*, porque lo será siempre, pero la calle *Nueva* ya ha dejado de serlo y debe

cambiar de nombre. Es extraño que la guía local no facilite datos de la antigua organización por gremios, pues a excepción de la plaza de la Pescadería y de la calle de Pescadores, ninguna otra vía hace alusión a los oficios o profesiones de los ciudadanos.

Detengamos la enumeración por no hacernos pesados, y baste lo dicho para muestra de lo mucho que puede reformarse en este orden de cosas, amén de haber de dar nombre a dos o tres calles que carecen de él.

Nosotros, por el pronto, propondríamos que el Andén de Levante se llamara de Pedro III el Grande, en memoria de la estancia en el puerto de aquel Rey aragonés; al de Poniente, de Kane, en recuerdo de las mejoras que en el orden material introdujo en la Isla; que la calle Nueva se llamara de Sitges; que a otras calles se las llamara del Pintor Calbo, de Hédiger y de otros ilustres menorquines, cuyos nombres lucirían más en las losetas indicadoras que los de la Estrella, del Sol o de la Luna y otros, que dicen tanto al espíritu del transeunte o a la ciencia del investigador como si se apellidasen del Día o de la Noche.

El nombre de don Jaime el Conquistador debería asignarse a una calle de importancia; tal vez fuera a propósito la de la Arravalleta, con lo cual se subsanaría la duplicidad actual de tal nombre, con el que se bautiza a la vez una calle y una plaza.

Y todo ello hecho, por partes, cambiando varios nombres cada año, daría motivo a una lucida solemnidad en ocasión de los festejos anuales de septiembre, que sería a la vez de vulgarización histórica.

Y baste con ello para mi objeto, quién sabe si al decir lo expuesto me he metido, como se dice vulgarmente, en camisa de once varas.

VIII

Un punto de vista único

EN estas impresiones rápidas y modestas vamos observando a Menorca desde distintos puntos de vista, el industrial, el artístico, el recreativo, etc. El punto de vista que adoptamos ahora es el Monte Toro, punto singular por ser el más elevado; desde la cúspide de la montaña apreciaremos lo que es esta isla a vista de pájaro.

En sí, el Monte Toro no ofrece nada de particular; es una elevación como hay muchas, muchísimas en España, y aun comparada con éstas, figuraría entre las que menos se alzan sobre el nivel del mar; es una bambolla barriguda que le ha salido a la roca menorquina, en cuya cima, como en muchas cimas, hay un ermitorio. Y nada más.

Pero nosotros no podemos apreciar en el Monte Toro lo mismo que apreciaríamos en un monte cualquiera; porque este que nos ocupa tiene una tradición que proclama en las edificaciones religiosas de su vértice; tiene un valor relativo sobre el territorio menorquín que le da una importancia absoluta en la consideración que pueden merecernos los accidentes del terreno, por ser la mayor elevación de toda la isla; y es el caso del Monte Toro, único, que sepamos, para todo el que ame los soberbios panoramas y que se deje cautivar por la contemplación de los bellos espectáculos de la Naturaleza.

La primera preocupación que debiera sentir cualquiera entidad fomentadora del turismo en Menorca, debiera ser el Monte Toro. ¿Existe hoy tal preocupación? Yo me permito dudar de ella, como dudo de que la entidad exista y de que exista el turismo; al menos, en términos de positiva eficacia, ya que en el orden de la buena voluntad hay en Mahón sociedades que piensan en todo ello, pero

que ven desvanecerse sus alientos en medio del aislamiento y la indiferencia más incomprensibles.

La tradición del Monte Toro es muy sencilla. Es la de todas las Vírgenes que se descubrieron en España después de la Reconquista, con la ligera variante que localiza en esta tierra la general versión. Desde un convento próximo a la montaña los mercedarios divisaron en el pico una luz y se encaminaron a ella guiados por un toro que fué abriendo paso a la comitiva, desembarazando de obstáculos el camino a seguir. En lo alto del monte, bajo un montón de piedras, se halló una imagen de la Virgen con el Sagrado Niño en brazos. Cuatro años después de conquistada la isla a los árabes por Alfonso III de Aragón, la Virgen del Monte Toro era ya venerada en un santuario erigido en la cima del monte, que desde entonces lleva su nombre. Allí, en el más alto lugar de Menorca, la fe y la tradición han puesto, como corona de la tierra isleña, una Santa Patrona que sea mensajera de las súplicas que los menorquines elevan al Cielo. La piedad cristiana, lleva hasta las alturas del monte a los habitantes de toda la isla, y en invierno y en verano las visitas al Santuario son continuas. Es aquél, el Montserrat menorquín, pero sin ferrocarril de cremallera, ni gran hospedería, ni mozos de escuadra; se ve en Montserrat que irradian sobre aquella mansión los destellos de populosidad de las ciudades cercanas; en Monte Toro, por el contrario, se refleja la humildad y modestia de esta isla, con toda la apacible atracción de aquel lugar tranquilo que preside un territorio donde la calma no se turba jamás.

Pero, sin cremallera y sin ferrocarril que lleve al centro de la isla donde el monte se alza, vale la pena de llegar a Mercadal, alquilar un borriquito, y a lomos del asno, ascender hasta la cúspide del Toro; no os pesará, a medida que vayáis escalando las faldas de la mole pétrea, iréis viendo aparecer el mar a lo lejos, divisaréis más tarde un trozo de la costa Norte, apreciaréis luego al detalle los accidentes sin cuento de ella; en un cambio obligado de dirección veréis asomar la inmensa llanada oriental, verde alfombra en la que los pueblos, las tancas y los caminos dibujan figuras propias de espléndido tapiz, y cuando hayáis llegado a la meta, os acogerán

allí con ingenua cortesía un Cura, todo bondad, y unos venteros que harán por vuestro servicio cuanto está al alcance de las humanas posibilidades a los trescientos cincuenta y pico de metros de una altura a la que se ha llegado a pie, o cabalgando en un rucio. Visitaréis, si sois fieles creyentes, la capilla antiquísima de la Virgen; veréis luego, las obras que por cuenta del Prelado menorquín se realizan para restaurar el Camarín; pasearéis por el ala que queda en pie de lo que fué convento en el primer tercio del pasado siglo y subiréis, por último, a un vetusto torreón, atalaya presidencial del territorio, torre de un vigía menorquín, con cuyo destino queda revelada la prominente situación que ocupa y la singularidad del motivo porque nos ha impresionado tanto la visita al Monte Toro.

Yo no sé si existirá algo que de tal condición absoluta esté provisto; ni Montserrat, ni el Desierto de las Palmas, ni las infinitas alturas hispanas, que llaman la atención del viajero a son de propaganda, tienen la propiedad de hablar al alma, como habla el Monte Toro al visitante cuando asciende hasta su cumbre y se instala en el torreón que ocupa la mayor altura. Cuando miramos desde una de las citadas, vemos extensiones grandísimas de terreno, vemos la tierra a nuestros pies como dominada por aquella maravilla natural, pero no sentimos el ánimo empequeñecido, no nos formamos ideas de aislamiento ni de soledad, las tierras que vemos se esfuman a lo lejos, pero sabemos muy bien que a ellas siguen otras tierras, y a esas otras, y que el mundo no acaba porque se oculte a la inquisitiva persecución de nuestra vista. Aquí no; aquí, en el Monte Toro, nos vemos en medio de una tierra que está rodeada de mar por todas partes; y ello lo vemos con una claridad que no puede imaginarse; el espíritu se ve encadenado por la idea de su pequeñez, de su aislamiento, de su soledad, porque doquier dirija la vista el mar se le muestra con su atracción de abismo, doquier escrute con la mirada el mar se le muestra con sus alharacas de inmensidad, y doquier ponga los ojos el mar se le presenta como cinturón que aprisiona y no permite la evasión sin lucha y sin trabajo.

Estas sensaciones que produce en el ánimo la extensión de la vista desde la cima del Toro, sensaciones que se deben a encontrarse en una isla y ser el monte el más alto, con abrumadoras diferencias sobre los demás del territorio, hacen de nuestra altura, quizás un sitio único en su género de los que pueden atraer al amante de la Naturaleza.

Subiendo al Monte Toro, los creyentes sienten elevarse su espíritu al Dios que da allí idea de la grandeza de su poder; los filósofos y pensadores se dedican a meditaciones y lucubraciones sobre la pequeñez del hombre y la grandiosidad de la Naturaleza; los poetas, reciben allí el soplo divino de la inspiración, y no hay quien, influído por la solemnidad de la situación, no sienta en su alma el recogimiento imponente que produce lo extraordinario, lo intenso; quizás, único por su sublimidad.

IX

El barranco de Algendar

Os levantáis un día de Primavera en esas horas plácidas de un tibio amanecer. Bien provistos de buen humor y acompañados de varios amigos, en coche, en automóvil o a caballo emprendéis el camino de Ciudadela. A medida que vais alejándoos de Mahón os va pareciendo que ya no estáis en una isla; dejáis de ver el mar y vuestros sentidos van perdiendo la noción de las cosas marítimas; si volvéis la vista atrás, alguna torre, alguna cúpula, alguna alta azotea os recuerdan que habéis salido de Mahón; si miráis al frente, el monte Toro va aumentando y las ondulaciones del terreno menorquín os llevan a la ilusión de que vais a internaros en una zona con montañas y demás accidentes continentales. La carretera limpia y en muchos trozos recta, va abriéndose paso entre terrenos bordeados por la inevitable *tancā*, por el murete de piedra que quita la vista al viandante y se la dificulta al caballero; de

cuando en cuando, alguna casa se abre al camino, se alza alguna de peones camineros, y a ambos lados, sin que el horizonte visible esté muy distante, edificios aislados, de labor unos, de recreo, al parecer, otros, van salpicando el campo verde, con más profusión de obras de albañilería que de arbolado. Cuando lleváis algún rato de avanzar, divisáis un pueblo que parece como apoderado de una altura, corriéndose hacia la falda que la carretera bordea; es Alayor, bonito y grande al parecer, y con una serie de casitas destacadas que presidiendo pequeños huertos y jardines encerrados por verjas o enpalizadas dejan leer al caminante nombres que revelan el buen humor natural en quienes, sin duda, han edificado aquellos pequeños albergues para su esparcimiento en los días de fiesta, o en las horas de asueto; seguís adelante, y más cerrado el espacio por la proximidad de los altozanos, camináis algunos kilómetros hasta llegar a Mercadal, pueblo tan pequeño como bonito, que es el nudo de comunicaciones de la isla. Su calle principal es la carretera; a ella se abren una confitería y un restaurant; aunque no hayáis pensado en ello, cuando paséis por allí se os ocurrirá refrigeraros y saborear unos dulces, y tomaréis aquel sitio como término de la primera etapa de vuestro viaje. Que en forma parecida proseguiréis hasta Ferrerías, donde definitivamente dejaréis la carretera y el vehículo, si es que alguno os había conducido, pues el resto habréis de efectuarlo a lomos de algún semoviente de la especie equina o de la especie asnal. Así como de Alayor dijimos que parecía ascender desde la carretera a la cumbre de un montículo, de Ferrerías podríamos decir que desciende de la carretera al fondo de un valle; y de Mercadal que ni asciende ni desciende, sino que está, precisamente en el fondo; no cabe mayor variedad en el aspecto topográfico de los tres pueblos que, dimensiones aparte, obedecen al tipo general en esta isla de un conjunto de edificaciones en que el color blanco domina sobre todas las tonalidades y se ofrece brillante hiriendo alegremente la vista del viajero.

De Ferrerías salís cabalgando, y por tortuosos caminos entre *tancas*, ascendéis unas veces, descendéis otras, serpenteáis por me-

dio de los campos, describís algunas curvas de montaña rusa y, en ocasiones, disfrutáis la sana alegría de las caravanas del buen humor con todos sus alicientes, de los borriquitos que se resisten a la voz y aun a la fusta de mando, de borriquitos que tropiezan y desmontan al caballero y aun de caballeros que se distraen y se desmontan sin culpa alguna del pedestal movable. La vegetación es parecida siempre, el arbolado es mayor que en el primer trayecto de la excursión, pero siempre encajonados entre pequeñas alturas veis despejado el terreno a vuestras inmediaciones, si bien, desconocéis el rumbo de vuestra marcha que unos guías ferrerienses os van trazando.

En todo el camino, hasta el presente, apenas si un arroyo, una fuente, que hayan sido muestra de la existencia de agua corriente, habrán llamado vuestra atención. Todo os parecerá seco; el sol elevándose sobre el horizonte os irá mostrando su ardorosa fuerza, pero el agua estará ausente de vuestra presencia mientras os halléis en el campo. Y así seguiréis mucho tiempo, sin que unos terrenos os parezcan muy distintos de otros y unas vistas muy diferentes de las demás.

Las cosas varían, sin embargo, de un modo insensible, las tancas de piedras superpuestas, se cambian por rocas que cada vez van haciéndose mayores y comenzáis a caminar encajonados entre ellas como si entrarais en un angosto pasillo y del mismo modo que don Quijote penetró en la cueva de Montesinos para presenciar maravillas sin cuento, veis que las rocas se agigantan y el espacio se ensancha algo, vais descubriendo una vegetación exuberante y vuestro oído se alegra ante el piar de los pájaros y el susurro del agua que corre; el arroyuelo que preside el conjunto va bordeado por huertas fertilísimas y todo queda cobijado por enormes murellones de rocas encrespadas que horadan las cuevas, que parecen albergues de titán y donde el eco tiene sus más imponentes resonancias; la vista se alegra, el corazón se ensancha aunque el espacio se estreche y el espíritu absorto se pregunta si aquello es Menorca o es el jardín de los Hespérides que en Menorca ha tenido su perenne asiento. Y cuando entusiasmados por aquella hermosura de vergeles, donde todas las flores brillan y aromatizan el ambiente

y donde todos los frutos se ofrecen en esplendidez singular, cuando ignoráis cómo habéis podido llegar en transición inexplicable a Paraíso tan difícil de imaginar, entonces os dirán los guías que estáis en el barranco, en la meta de vuestra excursión, meta que justificaría todas las penalidades por alcanzarla y merecería todas las alabanzas del más exigente excursionista.

Cuando el turista que a la isla llegue os pregunte por antigüedades dignas de visitarse, por panoramas dignos de admirarse, por bellezas que recreen el espíritu; decidle que vaya al barranco de Algendar; allí admirará la soberbia obra de la Naturaleza, los vestigios de una población troglodita y los afanes de una población moderna. Nada más antiguo, nada más bello en esta isla de Menorca. Cuando allí descansen vuestro espíritu se sentirá recreado por los sentidos y el alma se mostrará satisfecha de haber podido presenciar tan sugestivo espectáculo.

Cuando la necesidad del regreso os aleje de aquel lugar, y desandando el camino recorrido lleguéis a vuestros hogares y busquéis el reposo tras la jornada de impresiones, no sabréis decir si el sueño que vais a comenzar, es la continuación de otro sueño más delicioso o el descanso de una realidad más hermosa que un sueño.

X

Ciudadela

SERÍA injusticia notoria olvidar en estas rápidas impresiones a la hermosa ciudad que un tiempo asentó la capitalidad de la isla. No es suficiente una estancia de pocas horas para formar de ella un juicio exacto. Lo externo, lo que para el turista constituye el exclusivo objeto, si es posible ojearlo en el espacio que media entre la llegada y la salida del automóvil que diariamente hace el viaje de ida y vuelta entre las dos ciudades menorquinas. Pero no ya profundizar en la vida social, sino conocerla y hacer una ob-

servación algo exacta de sus costumbres, es cosa que requiere una convivencia que no me ha sido dable establecer con los habitantes de la población que nos ocupa. Por ello; esta impresión pecará de ligerísima, de muchísimo más ligera que las otras con que quito a los que me atienden, un tiempo seguramente más provechoso para otros empleos.

Ciudadela es una ciudad de aspecto distinto al de los restantes núcleos de población de la isla. La homogeneidad de la edificación desaparece; el constante blanqueo de fachadas, casi no existe y la ausencia de lo monumental se substituye allí por una exuberancia de palacios y grandes edificios que invitan a la contemplación del viajero. Un obelisco funerario en el centro de una plaza espaciosa, rodeado de parterres muy bien cuidados, recuerda a los ciudadelanos el fasto más glorioso de su historia, aquella heroica defensa contra la brutal acometida de Mustafá Piali en la que vertieron su sangre los ciudadelanos el 9 de julio de 1558; en el mismo paraje infunde dolorosa impresión ver alzarse, a medio construir, unas Casas Consistoriales que no tienen parecido en ningunas otras de esta roca y en las que el buen gusto arquitectónico se hermana con la majestuosidad de la edificación. Allí en uno de los locales terminados se lee un sencillo letrero que dice: «Cuartel de bomberos». Al leerlo hubimos de pensar en Mahón, con tristeza, porque en la capital de la isla no existe este cuerpo que toda municipalidad de alguna importancia debe tener esmero en organizar y sostener.

En el modestísimo puerto, mejor dicho, en la ilusión de puerto, ciudadelano, vimos bastantes obreros trabajando para el ensanche o prolongación de sus muelles, en contraste con el abandono del puerto mahonés, por mil conceptos tan digno de cuidado, que debe ser objeto de preferentes atenciones. Al fondo del puerto de Ciudadela hay un puente de cierto gusto artístico, al fondo del de Mahón hasta hace poco, en la Colársega se veía un puente rústico, sin arte ni seguridades. Hoy, gracias a la guerra europea que provocó una crisis y exigió algún dispendio para proporcionar trabajo a los obreros en forzosa huelga, el puente de madera se ha substituído por

otro de hierro que reunirá todas las seguridades que se apetezcan pero no tiene el menor asomo de obra artística.

Las comparaciones tienen una fuerza de atracción inevitable y a ellas vamos sin darnos cuenta. Por eso os he molestado en el sencillo apuntamiento de las indicadas. No hace falta discurrir mucho para sacar consecuencias de ellas. De un lado se ve bien claro que faltan aquí algunas cosas porque no hay dinero o porque no hay iniciativas; lo primero es ciertamente lamentable, lo último es censurable en alto grado. Pero de otro lado se observa también que, si Mahón es el centro oficial de la isla, en Ciudadela existe el verdadero poder que trabaja sin tregua y no desmaya para lograr por senderos, que nada tienen de censurables, que las resoluciones gubernamentales se orienten en pro de la ciudad donde se han depositado los afectos. Sin visitar siquiera la ciudad antigua, con sólo oír hablar de historia retrospectiva de los últimos años, se ve que los representantes en Cortes de la isla de Menorca han salido en mayor escala de Ciudadela que de Mahón; que la aristocracia isleña, que en Ciudadela tiene sus casas solariegas, tiene arraigo en la corte de la nación y, sin ir más lejos, que cuando para aliviar la crisis provocada por la conflagración actual, se demandó apoyo de los poderes públicos consiguió Ciudadela relativamente bastante más que Mahón, con ser tanto y tanto lo que Mahón necesita.

No hay en cuanto dicho queda, la menor censura para la hermosa ciudad occidental de Menorca ni para sus hijos. Por el contrario, sincera y efusivamente les aplaudo, porque hacen muy bien y lo merecen, pues el que se esfuerza y lucha debe por razón de estricta justicia, conseguir el premio legítimo a sus afanes.

Ciudadela es capital de la diócesis menorquina. Su pequeña Catedral está dispuesta con arreglo a las necesidades del culto que en ella ha de practicarse. Es modesta pero digna de visitarse. El Seminario espacioso, muy bien ordenado, con un risueño jardín que alegrará el espíritu de la juventud dedicada a emplear sus años de vida en el recogimiento y la meditación. Los gabinetes de Física y de Zoología son apropiados para la enseñanza y la Biblioteca, digna de elogiarse por su presentación y organización.

Ciudadela, puerto de mar, tiene un servicio de vapores que facilita sus relaciones con la isla de Mallorca, y tal vez, permita hacer viajes a la Península utilizando los barcos de la «Isleña Marítima», con los que no disminuyéndose la duración total del viaje, se acorte, sin embargo, el número de horas de navegación, en beneficio de la comodidad del viajero.

Ciudadela tiene calles anchas, espacioso ensanche y una vía que puede pasar por paseo marítimo. Como en Mahón, se incurre en el lamentable olvido del Rey don Jaime I de Aragón y del Obispo Severo, y en el más censurable de no perpetuar la memoria de Alfonso V el Magnánimo, que hizo las primeras gestiones para crear el Obispado de Menorca, que ha erigido a Ciudadela en capital religiosa de la isla. Predominan también los nombres religiosos como en Mahón, y se notan repeticiones y faltas de significación útil.

Tiene Ciudadela un aceptable servicio de hoteles. En uno de ellos, cuya cocina tiene fama en la isla, comí a satisfacción y sin exageración en el precio, y saboreé el más riquísimo melón que he conocido en Menorca. El tratarse de un fruto ciudadelano, me perdonará la vulgaridad de la indicación, que tiene en éste, a pesar de ello, su lugar oportuno.

Buenos comercios y sociedades de recreo completan el conjunto, al que para dar mayor atractivo le falta una animación callejera que hemos estado muy lejos de observar. Las personas con quienes hubimos de departir, tratáronnos amablemente, y de la población en general formamos y guardamos un concepto y una impresión muy satisfactorias.

Cierto es que Ciudadela avanza. Ello a Mahón no debe servirle más que de estímulo. Luche cada ciudad para su mejoramiento y establézcase una competencia emuladora que tal vez llegue a producir en Menorca dos poblaciones tan bellas que por sí solas merezcan atraer la visita de los continentales.

¡Adelante, pues, Ciudadela! ¡Adelante, Mahón!

(Continuará).



Barcelona y la base naval de Mahón

LA dolorosa experiencia que a las ciencias marítimo-militares aporta la guerra presente, pone hoy fuera de duda que Tortosa y Mahón son los ejes naturales en que debe girar la defensa marítima de la capital catalana.

Barcelona no puede aspirar a ser nunca puerto militar: no lo permiten sus condiciones naturales y además redundaría en mengua de su importancia comercial. Pasaron a la historia los tiempos en que el escaso importe de los elementos guerreros permitían el empleo de la *fortificación extensiva*, y hoy, hasta las naciones más ricas sólo admiten y practican la *intensiva*, abarrotando de elementos de ataque y defensa las bases navales, de donde debe irradiar la fuerza rápidamente movediza, y ellas constituyen, por tanto, el principal objetivo de las guerras de hoy. Las demostraciones ofensivas en forma de *raid* sobre poblaciones comerciales del litoral, constituyen aspecto muy característico de la guerra naval, y como nada positivo para la finalidad de la misma se persigue, tampoco es frecuente que se exponga mucho, y de aquí que con un ligero artillado y con minas, torpedos y submarinos se consiga ahuyentar al enemigo de los aproches de un puerto comercial.

La defensa efectiva y real de éstos, está en la eficacia de las bases navales y de los puntos de apoyo de la flota; radica en el completo dominio del mar litoral y, por tanto, la de Barcelona ha de buscarse en las proyectadas estaciones de submarinos de Tortosa y Mahón. En la primera, situada unas millas al interior de la desembocadura del Ebro, no puede pensarse, por su propia índole, en guarecer más que fuerzas sutiles; en la segunda, instalada en puerto que por su magnitud e importancia táctica y estratégica no ha de envidiar las condiciones de otro cualquiera de los de primer

orden que el Mediterráneo encierra, pueden radicar algún día, de más esplendor marítimo que hoy, los elementos navales que aconseja el absoluto dominio del Mediterráneo Occidental.

No cabe dudarlo. En Mahón, que por su emplazamiento tiene una alta significación estratégica perfectamente definida y una valoración táctica muy estimable para ser convertido en *base naval avanzada*, radica la clave de la defensa de las costas catalanas. Y en efecto, Mahón — como ya ha dicho en estas columnas un distinguido publicista — primera tierra española en que sale el sol, se encuentra en el centro del arco de círculo que forma nuestro litoral desde Cabo Palos a Francia, constituyendo por tanto el punto central más apropiado para su defensa. Quien disponiendo de fuerzas navales de apreciable valor posea el puerto de Mahón *con acierto habilitado*, será virtualmente dueño no sólo de las Baleares, sino también de las ricas y extensas costas de Cataluña y Valencia: la posesión de aquélla, hasta ahora olvidada y desatendida joya nacional, va anexa a la facilidad relativa de evitar un ataque y dificultar el bloqueo de las costas catalanas.

Y a pesar de la íntima ligazón existente entre la defensa marítima de Barcelona y la habilitación del puerto de Mahón para su base naval, se reciben aquí con marcada indiferencia las noticias que el telégrafo transmite relacionadas con la pronta realización de este proyecto. Pasó al olvido sin duda el ciclón de espanto que se desencadenó sobre el litoral de Cataluña ante el temor nada más de que pudiera la flota norteamericana hacer su aparición en aguas europeas, cuando las desgracias irremediables de la patria sacrificaron en aguas de Cuba a nuestra inolvidable escuadrilla; no se recuerdan ya los días aciagos transcurridos entre zozobras y temores que pasó Barcelona cuando nuestra ridícula escuadra cantonal, al mando del general Contreras, sembró el pánico en la costa ibérica del Mediterráneo. La opinión pública continúa con la espalda vuelta al mar y sin comprender que no hay problema alguno que aventaje en interés, para que prosiga la existencia y conservación de la floreciente industria y la progresiva vida comercial de Cataluña, al problema de su defensa militar.

No hay que hacerse ilusiones; sin ella el desarrollo comercial y de la industria no son más que efímeras apariciones de una realidad en que se sueña, porque el edificio que con inteligencia levantó y con noble orgullo acaricia la actividad catalana se encuentra al fin sin cimientos y debe fatalmente sucumbir al primer estampido que suene allá en el horizonte del mar, en la enorme *zona sin alcance* para nuestra actual artillería. La amenaza de un bombardeo paralizaría sin duda la vida industrial y sembraría, como lo ha hecho siempre, el pánico entre los poseedores de las riquezas fabriles que atesora esta hermosa ciudad. Y si se llegara a establecer el bloqueo ¿qué sería de sus riquezas? La paralización, la muerte, la anulación más completa; y con ellas el desorden y la anarquía entre la masa hambrienta por falta de trabajo, y la desolación y ruina para las clases acomodadas.

Vuelva, pues, Barcelona su vista hacia Tortosa y Mahón de donde pueden traer las naves submarinas muchos beneficios y remediar desventuras de inmensa magnitud; considere día señalado para la prosperidad de Cataluña el próximo a llegar en que se inauguren las obras de Mahón, y piense en serio si la conveniencia regional compatible con los sagrados intereses de la patria, aconsejan o no una acción mancomunada de Cataluña, Menorca y Tortosa para conseguir de los altos poderes sea el puerto de Mahón rápidamente convertido en base naval avanzada y Tortosa en punto de apoyo de la futura flota submarina, cuyas patrióticas aspiraciones han autorizado no hace mucho en ambas localidades, todas, absolutamente todas sus fuerzas vivas.

José Riera y Alemañy.

De «*La Vanguardia*» de Barcelona. *Alto de J. Riera y Alemañy*



De la defensa nacional

Una primera piedra

EL 23 del corriente dieron comienzo en Mahón las obras, de gran trascendencia para Cataluña, que han de convertir aquel inmejorable puerto en *base naval avanzada*. La primera piedra que se colocó en el patriótico edificio, que deberán Menorca y Barcelona a una de las felices iniciativas del vicealmirante Miranda, es a no dudarlo firmísimo jalón que determina uno de los momentos históricos de más importancia en la vida de la floreciente industria catalana.

Tanto es así, que amar a Cataluña y no laborar para que los puertos de Tortosa y Mahón sean atendidos en el orden marítimo-militar, es vivir fuera de la realidad y cerrar sistemáticamente los ojos ante la fácil solución de uno de los problemas de más entidad en la vida de esta laboriosa región. Con relieve que alcanza a ver la más acentuada miopía, lo puse no hace mucho de manifiesto en estas mismas columnas: no insistiré por tanto.

El trabajo que hoy me permito ofrecer a los lectores de «La Vanguardia» es complemento de aquél, y tiende a presentar con parecido relieve la importancia que en el vivir nacional tiene el resurgimiento del puerto de Mahón a la vida militar después del letargo en que ha permanecido durante la última centuria, continuación de otra que llena Menorca las páginas de la historia de Europa.

En aquel siglo en que la accidentada historia menorquina registra cuatro dominaciones extranjeras, las guerras anglo-franco-hispanas que, como la de ahora, llevaron honda perturbación al mundo entero, repercutieron con intensidad más marcada en el Me-

diterráneo occidental, donde las civilizaciones entonces en lucha para decidir la supremacía, emplazaban el centro estratégico de todos los órdenes de la vida. De aquí la alta valoración que en el orden militar gozaba el puerto de Mahón, situado en el centro de esta cuenca mediterránea, y que, consecuencia de ello y de nuestra histórica importancia por mar, Inglaterra, que en 1704 había ocupado Menorca a nombre del Archiduque, alcanzara poco después su dominio por el tratado de Utrecht; Francia se la arrebató en 1756 por la ruidosa victoria del almirante Galissonnière; en 1763 fué reintegrada a Inglaterra, que la perdió de nuevo 17 años más tarde por el triunfo del duque de Crillon, recobrándola en 1798 para conservarla cortísimo intervalo, hasta 1802, en que fué devuelta a España por el tratado de Amiens.

El desplazamiento del centro estratégico a los mares del Norte como consecuencia de un inmenso poder y de una sólida y progresiva civilización creada en la Europa central, restó durante el pasado siglo importancia táctica y estratégica al puerto de Mahón, que vuelve en los momentos presentes a recobrarla, pues cualquiera que sea la agrupación vencedora en la actual contienda, el nodo logístico se aproximará de nuevo al Mediterráneo, adquiriendo por tanto Mahón mayor valoración estratégica.

En efecto: si venciera Alemania, no cabe dudar que realizaría uno de sus más dorados sueños estableciéndose en las costas del Mediterráneo y oponiendo a un Gibraltar inglés un Tánger teutónico que le permitiera disputar el dominio del Estrecho: Argelia, Marruecos y Córcega serían el blanco de sus pretensiones más sostenidas en el Mediterráneo Occidental. Si los aliados triunfan, su vencimiento ha de traer aparejada la más completa anulación naval de Alemania, y como no es posible que perdure la gran superioridad de Inglaterra, porque ella tendría al mundo en constante estado de desequilibrio o servilismo, Francia, la nación continental más poderosa por mar, volvería a ser, sola o aliada, la natural enemiga de la Gran Bretaña con la que la une ahora el odio e interés común contra Alemania.

En un caso y otro, Tolón, Gibraltar y Malta, entrarían de nuevo

en acción con parecidas valoraciones a las que tuvieron en el siglo XVIII, y no iguales, porque Bizerta, Argel, Spezzia y Magddalena son factores que integran hoy, con ella, el dominio de nuestro mar, cuya importancia se acrecentó en el correr del pasado siglo con la apertura del canal de Suez, la instalación de los franceses en el Norte de Africa y con que Egipto pasase a ser territorio inglés.

Y Mahón que ocupa el centro de la figura geométrica que forman las poderosas bases navales extranjeras asentadas en la cuenca mediterránea que directamente nos atañe; Mahón que es a la vez atalaya avanzada para Tolón y para las costas italianas y argelinas, Mahón que es la tierra más cercana al paso entre Italia y España y lugar geométrico central de las distintas derrotas marítimas que pueden seguirse entre Argelia y el golfo de León, y también entre las poblaciones comerciales de la España mediterránea y las de Italia y S. de Francia, no hay duda que en virtud de la mecánica social que regula el mundo en todas sus manifestaciones y actividades, acrecienta por momentos su importancia estratégica, que ha de ser en el porvenir superior a la que el concierto de las civilizaciones de antaño le asignaron en el siglo XVIII.

Sin contar con la pasividad o con el auxilio de las fuerzas navales que el puerto de Mahón encierre, es para Francia imposible el traslado de sus tropas argelinas a la metrópoli, y además de esta línea tiene amenazada la comunicación entre Tolón y Bizerta; Inglaterra sin poseer Mahón, efectiva o virtualmente, no puede aspirar a rendir Tolón ni Bizerta, bases navales cuya existencia le inquietan visiblemente por constituir un serio estorbo en sus comunicaciones Gibraltar-Malta.

No cabe dudarlo. Mahón es la posición más estratégica del Mediterráneo Occidental, y se asiente o no en lo futuro Alemania en las costas marroquíes y argelinas o en la isla de Córcega, ha de ser en un porvenir cercano, como fué en el siglo XVIII, la clave de la política europea. Obsérvese que la hegemonía militar de la Gran Bretaña en el Mediterráneo no se apoya sobre una vasta extensión de costas, sino sobre una larga línea de fortalezas escalonadas: Gibraltar, Malta, Alejandría, la bahía de Suda. Mil ochocientos kiló-

metros, sin un palmo de tierra inglesa, separan a Malta de Gibraltar, y para recorrerlas la flota británica o ha de bordear costas francesas o ha de entrar de lleno en el radio de acción del inmejorable puerto menorquín: con su posesión el *mare nostrum* latino pasa a ser el *our sea* inglés. Y como para Francia y Alemania es también cuestión vital disponer de Mahón en propiedad o en usufructo, creemos que cuando terminada la sangrienta contienda de hoy la dinámica social desplace fatalmente el centro estratégico del mundo hacia la cuenca occidental del Mediterráneo, el puerto de Mahón ha de valer tanto o más que la nación entera al ser transportado a los platillos de la balanza internacional.

Esta importancia ha de ser origen de codicias que irán en aumento a medida que su preparación, con el fin de ser utilizado para la guerra, vaya avanzando y se aproxime a ser un hecho. Requiere esto el que el acierto presida la organización de la defensa marítima y militar de la nueva base naval, porque de otra manera los sacrificios que a la nación con tal objeto se impongan, no servirán más que para preparar, en su día, una fácil victoria al enemigo. Las escuadras sin bases navales son efímeras apariciones de una realidad en que se sueña, pero las bases navales sin escuadras son grietas que voluntaria y torpemente se inician en la integridad nacional, y evolucionan más tarde, convirtiéndose en anchurosas brechas que, en día aciago que desgraciadamente llega, dan paso a codicias ajenas. Renunciar a tener armada es renunciar a tener independencia nacional y porvenir alguno en el mundo, pues como dijo de manera magistral el primer escritor naval de España y notable jurisconsulto señor Sánchez de Toca, *las naciones por dilatado que sea su imperio territorial y poderoso su ejército, caen precipitadas desde la supremacía a la impotencia en cuanto se arruinan sus fuerzas navales.*

José Riera y Alemañy.

(De «*La Vanguardia*» de Barcelona.)



Bibliografía

El espejo de la madre mahonesa. — (Memoria de la «Gota de leche»). — Doctor J. Forteza Martí.

Este ilustrado médico militar y director de la «Gota de leche» de esta Isla nos sorprende con su inusitada actividad. Conferencias, estadísticas, folletos, publicaciones diversas, análisis de laboratorio...; bajo estos diferentes aspectos lo vemos continuamente y en singular prodigalidad, aparte las obligaciones propias de su carrera militar. Actualmente puede decirse que emplea sus energías en todo lo referente a la ciencia infantil y particularmente en las atenciones que requiere la benéfica Institución que dirige. De esta índole, es el folleto recibido y que tiene por título el que encabeza estas líneas.

En este estudio, el señor Forteza identifica el consultorio de niños de esta población con la puericultura mahonesa, dictando reglas para las madres, basándose en el estudio de sus propios hijos. Demuestra los progresos de la Institución, y señala los remedios convenientes para hacer más provechosas sus ventajas. Contiene además el librito enseñanzas científicas sacadas de la experiencia, y como novedad, muy estimable en la especialidad y original del señor Forteza, es cuanto dice, acerca de las dos formas de subalimentación.

De la lectura del folleto se desprende que la «Gota de leche» de Menorca puede figurar entre las primeras de España, por su plan científico, que se evidencia al examinar su «libreta individual» de gran valor práctico.

Nos parece oportuno transcribir algunas palabras del importante periódico profesional «España médica», en su número del diez del corriente: «*España médica*, honra hoy sus planas publicando los retratos de dos distinguidos compañeros que la Junta de

Protección a la Infancia ha premiado en el concurso que se celebró recientemente. Son héroes anónimos del ejército profesional que en apartadas regiones de nuestra Patria realizan actos meritísimos, y labor laudable, sin otra mira, ni persiguiendo otro fin que el cumplimiento del deber y la satisfacción de la propia conciencia. La Medicina española debe grabar sus nombres en el cuadro de honor de sus hijos predilectos».

A continuación expone una nota biográfica de dichos señores, y hablando del señor Forteza, después de hacer constar su brillante carrera y otros méritos contraídos, dice: «Actualmente es director de la Gota de leche de Menorca, donde realiza una labor intensísima y provechosa. El ministerio de la Guerra, premió su libro «Higiene del niño». Sus trabajos de higiene son muchos y notables»

Nosotros felicitamos sinceramente al ilustrado y laborioso médico y ateneísta y agradecemos el folleto recibido.

F. G. G.

* * *

In memoriam, folleto de 34 páginas, es un delicado recuerdo que a la memoria del malogrado don Antonio Marqués, Pbro., fundador, director y alma de la Academia Mariana de San Estanislao, dedica este Centro de enseñanza por medio de algunos de sus benefactores y protectores.

Justo es el homenaje y noble el propósito de los señores que, en nombre propio y asumiendo la representación de otros muchos, lo han realizado.

Es un tributo de gratitud y de afecto debido a quien tanto puso de su parte en la empresa que durante varios años venía realizando con laboriosidad y persistencia tan poco comunes, que hasta puso en la obra su vida.

L. L. V.



Folk-lore menorquí

DE LA PAGESIA

per

En FRANCESCH CAMPS Y MERCADAL

(Continuació)

GLOSES DES MAL-RIC

(Fragment de les del temps passat, present i venidor)

Deu meu, dau-me enteniment
i llengo per explicar
lo que 'm vaig a proposar,
tres punts per un funament:
el passat, i el present
i el temps qu' havèm d' esperar.

El passat fou l' unió
i el viure am molta franquesa;
el present es la pobresa,
i el judici, 'l venidó;
pero per explicar'hó
s' es mester prou sotilesa.

Comencèm per lo passat
qu' es primer que lo present,
cadaqual honestament
vivía 'm tranquilidat;
pero ara es arribat
un viure molt diferent.

Díuen que 's temps ha mudat;

jo dic que no, qu' es sa gent,
açò es lo que jo preteng,
i ho veurèm am claredat,
en lo que teng proposat
del passat i del present.

Hi havia en temps passat
rics i pobres, just com ara;
emperò es ric procurava
cubrir sa necesidat,
i es pobre, am gran humildat,
amb afecta li pagava.

Jo sent dir que 'n temps passat
al proïsme 'l ric amava,
i per açò Deu li dava
gran abundancia de blat;
diuen que 's temps ha mudat...,
Deu està allà ont estava.

Al proïsme has d'estimar
axí com a tú mateix,
i am açò sol consisteix
la Llei que Deu mus donà,
i al que no l' observarà
li darà lo que ' merèix.

Molta es sa gent qui va errada
no observant la Llei primera,
que Deu mus donà estampada;
ara en l' ham interpretada
cada un a sa manera.

Al ric el pobre cubria,
servant la Llei del Senyor,
i el pobre am la seva amor
li tornava com poria...

I si un pobre reclamava:
— Senyor, no tenc què menjar,
ni tenc avont treballà, —

aquell prest lo aconsolava,
i, endevant, ja li donava:
— Comencet a alimentar.

Jas, vat' aqui per sopar,
tot açò en devant tendràs;
i demà ja tornaràs,
jo 't cercaré ont picar,
a fi que guanyis es pa
amb es trabai que faràs.

Açò es trobar lo qu' un vol;
feina pel seu aliment,
i el ric dar-li es compliment
que no voi menjar tot sol;
no trobau que es bon consol
per un pobre, estar content?

El pobre, molt agraït,
qu' am lo seu trabai vivia,
dèia: jo 'm dessangraria
per complimentà aquell ric,
jo 'm llevaria des llit
per a fer-li companyia.

Qui aquesta llei servarà
i aquesta regla vol dur,
es un negoci segur
que no li podrà faltar,
perque Deu li donarà
a mes de doscents per u.

El ric s' ha de mirà 's pobres
com a vertaders germans,
que pugui am ses seves mans
guanyar per pà i per roba,
sia vea, sia nova:
viure com bons cristians.

Dixèm estar lo passat
i entrèm en lo present,

ja veurèm que es diferent,
perque tot s' es trabalçat,
que a un punt hem arribat
que tothòm viu descontent.

Es pobre viu compromès,
que li ès es trabai mes fòrt;
es Mal-ric diu que té pòc
i no pot donar-li res;
i tot açò dependeix
d' haver près es camí tòrt,

I si un pobre 's romp sa cara
de cercar què treballà,
es ric, sabèu què dirà?...
— Jo no teng fèina per ara.
Ja es una cosa prou mala
es cercar i no trobar.

Es tot lo que 's pugui dir!...,
Mal-ric ¡que no 't sapi greu
de veure qu'n germà teu
de fam s' hagi de morir!
Açò es deixar es camí
que mus va dar nostros 'n Deu.

Dins l' Escriptura be ho vèis,
cosa que Deu ha posat,
que quand fèis la caritat
al mateix Cristo la fèis;
si aquets capítol no crèis,
no crèis en la Veritat.

Dins l' Escriptura Sagrada
tením sa Llei qu' hem de creure,
i es Mal-ric mus vol fer veure
que mus l' hauràn baretada,
¡serà grossa terrossada
que, al últim s' haurà de beura!

Es llinatge mes dolent

es *pobre*, que ningú 'l vol;
per aumon troba consol;
tothòm li té avorrlment:
i si es un avarient,
diuen: aquest passa 'l sol.

La Llei de Deu va a la banda,
ja l' han tirada a recó,
i, per abreviació,
qui té que vendre comanda;
que 'l mon es una balandra;
qui navega sens timó.

També hi ha gavelladors,
que un altre mengi 'ls sab greu;
tot voldrien que fos seu,
i los altres, secau-vós.
Qui no fa 's compte de dos
no pot haver be de Deu.

— Senyor meu, què teng de fer,
si no teng que treballà,
no teng feina, ni menjar,
ni res per fer cap doblé;
jo altre remei no sé
sino anarme'n a robar.

Per què no 'm fa caritat
de donar-me un mòs de pa,
que 'm pugui desdejnar,
que fa temps que no he menjat...
i 'm trob tant debilitat
que 'm penes puc caminar?...

— Germà, no vus puc dar res,
ni feina, ni caritat.
I el pobre, cap-afunyat,
qui, plorant, li repeteix:
— Senyor meu, sap açò qu' es?...
que vostè no ho ha provat.

Si vostè estigués un día
sense pa ni aliment,
què seria delitgent
de cercar-ne si poria;
llavò consideraria
què cosa es patir talent.

— Germà, es rellà no m' importa;
jo no estic per conversar;
dins s' estudi teng d' entrar
i vui tancada sa porta,
(pera veure si mes pronta
aquest pobre se 'n n' irà).

Pensau amb-e quina sòrt
es pobre se 'n va plorant,
gemegant i suspirant:
— massa arribaré a la mòrt!...
que n' es el major conhòrt
que 'l pobre viu esperant.
Sentim dir que 'n temps passat
per absoldre es confessor,
pesava la furació (1),
que deien qu' era pecat;
sembla qu' ara ho han capgirat:
que no ho paga es pesar-hó.

Es Mal-ric pot dir què 's vua,
itant segú te 'l cel per ell!...
com es fer passà un camell
per dins es cos d' una agúa.
Es pobre perd s' al-lelúa (2)
perque li lleven sa pell.

Es pobre pot contemplar
es trabai en que s' ha vist;

(1) *Furació*, robo, lladronia...

(1) Perd s' èima, es coneixament.

es Mal-ric pot anar trist,
pensant que 's seu ja vendrà:
si no avui, serà demà
el càstic de Jesucrist.

Ja pots anar replegant
que no t' assaciaràs;
calla, ja t' aturaràs
n' haver corregut bastant;
ja pots tirà a fer-te envant,
que 'n darrera quedaràs.

Sant Pere anava descalç,
vestit am sensilles robes,
i fèia almoina a los pobres,
i vesitava malalts;
si amb ell volem ser iguals
hem de repartir ses sobres.

Un ric qui no vol donar,
sempre tendrà mala vista,
i pot ser la tengui trista
s' ànima quand morirà;
tal volta Deu no 'l voldrà
posat a sa seva llista.

.

Notes a ses gloses d' en Josep Vivó

Els que coneixen sa historia anecdòtica d' En Vivó, tots fan esment de s' octavilla:

Un homo an els setanta anys
ha acabada s' alegria...,

I do be: a un llibret de *Gloses de la vida de l' homo*, fetes d' En Jaume Omar de na Rosa, d' Alaró, estampades a Palma de Mallorca l' any 1868, a ca 'n Nicolau Gil, s' hi llíg aquesta octavilla:

A vuitanta anys s'alegría
 ja me se sol allunyà,
 perque un veu no pot anà
 a los llocs ahont solía;
 I si té cap fi o fía,
 frissen de dur-lo a enterrà
 perque a ca-seva ja fa
 mes nosa que companyía.

Poc çà, poc llà, sa pessa es sa mateixa. Ademés: ses *Gloses de la vida de l' homo* son molt populars a Menorca; d'elles ne som vist moltes copies, sense fer mai menció de s' autor. Falta 'ns sebre quànd n' Omar de na Rosa feu lo seu glosat. Jo som conegut vellets, que avui, si fossin vius, tendrías mes de cent vint anys, qu' atribuïen an En Vivó l' esmentada octavilla.

Un altre dupte teng referent an es glosat del *Mal-ric*. A tots els manuscrits qui 'l som trobat (quatre d' es Mitjorn Gran, altres d' Alahó, Sant Clement. Sant Lluís...), a tots se fa constatar que ses gloses son de mestre Josep Vivó. I teng per cert que algunes ho son: moltes, si no totes ses que tracten del *Mal-ric* i del pobre mendicant. I per consemblança de tema, algú degué incloure-les en el glosat que se diria *del temps passat, present i venidor*, que te mes de cent cobles (probablement d' autor mallorquí), i totes passaren a esser d' En Vivó. De totes maneres, tant s' octavilla com es glosat del *Mal-ric* havien de figurar an aquesta espigolada folklòrica, per s' antiguidat i per ser verament populars.

(Continuará).

